

# LEGADO PARA EL OLVIDO

## PRIMERA PARTE. Capítulo I

### 1

En apenas treinta días del comienzo de la primavera de 1989, José supo que padecía un incurable cáncer de hígado y que iba a tener un hijo. El tiempo que el cáncer tardaría en matarlo no diferiría mucho del que el embrión necesitaba para gestarse, así que dos procesos de proliferación celular iban a protagonizar los últimos meses de su vida. La exuberante reproducción de células valía tanto para aniquilar como para formar seres; procedimientos semejantes alcanzaban resultados antagónicos, y José iba a experimentar en primera persona la impasible economía de la naturaleza al usar sus hallazgos.

### 2

De lo primero que José tuvo conocimiento fue de su enfermedad. A pesar de tener ya treinta y dos años, José cumplía el servicio militar por razones disciplinarias: después de jurar bandera e incorporarse a la División Acorazada Brunete, en 1981, poco antes del golpe de estado de febrero, desertó, salió del país y vivió en la India hasta 1985 cuando, al hacer una visita a España, fue detenido, juzgado y condenado a tres años y seis meses de prisión y a repetir el servicio militar.

Su rango actual era el de cabo; su destino, la caja de reclutas de A Coruña, y su tarea, tramitar los informes médicos de los mozos incorporados a filas que pedían la exención por incapacidad física sobrevenida. José preparaba los oficios reclamando las revisiones médicas, se los pasaba a un capitán para que los firmase y los llevaba al hospital militar. Allí recogía los informes ya concluidos que le

entregaba el teniente médico Allegue —oficial de complemento de veintinueve años que había sido compañero de colegio de José y con el que, en ausencia de testigos, se podía comportar como con un amigo en la vida civil— y, por fin, de nuevo en la oficina, los incorporaba a los expedientes y los elevaba a la superioridad. Ese empleo del tiempo no le suponía ningún desdoro: aunque tenía notables inquietudes intelectuales —había cursado filología hispánica en la universidad; en los últimos años del franquismo se había comprometido en la política revolucionaria; le interesaban la música, el arte, la historia, la filosofía, la ciencia y, sobre todo, las culturas del oriente— José era, ante todo, un diletante, así que llenar sus días con tareas tan nimias le permitía vagar mental e irresponsablemente por más altas preocupaciones.

En la mañana del lunes 13 de marzo hizo mucho calor, y el corto trayecto desde la caja al hospital hizo sudar a José. Cuando llegó al despacho del teniente, se quitó la gorra y la guerrera de invierno y se remangó la camisa. Mientras se intercambiaban los papeles habituales, Allegue observó un gran hematoma que José presentaba en la parte trasera de su brazo izquierdo, desde el codo hasta la muñeca. La carne se había ennegrecido y azulado de forma llamativa, aunque José no había reparado en ello.

Allegue miró con alarma a su amigo y le preguntó si había notado algún síntoma de cansancio o de pesadez e hinchazón en el vientre.

José se extrañó por la pregunta.

—Es imposible no sentir pesadez estando obligado a comer todos los días en un cuartel, pero la hinchazón se siente sobre todo en los huevos —se explicó hasta caer en la cuenta de que Allegue no le escuchaba.

El teniente dudó un instante pero acto seguido le dijo a José que lo acompañase a una sala de curas. Llamó a sor Visitación, una experimentada monja enfermera de más de sesenta años, y le pidió que le extrajese sangre a José para hacer unos análisis mientras él le exploraba el vientre con un gesto de preocupación. Y, desde ese momento, todo se precipitó: la exploración sugería la presencia de líquido ascítico en la cavidad abdominal; dos días después, la analítica reveló síntomas inequívocos de una deficiente función hepática: gran incremento de las transaminasas y marcado descenso de la actividad coaguladora de la sangre; por fin, una ecografía del abdomen confirmó la ascitis y detectó un tumor de siete centímetros en el lóbulo hepático derecho.

Allegue no tuvo dudas de que José padecía un cáncer de hígado pero, antes de informarle de un diagnóstico tan definitivo, lo consultó con su jefe, el capitán médico Salgado.

El capitán Salgado, un veterano arrogante y rudo formado en plena posguerra, ordenó al teniente que se asegurase practicándole a José una biopsia.

Allegue se mostró reticente a esa prueba.

—Hay graves riesgos de hemorragia, mi capitán —alegó con una voz profesional pero angustiada—. La sangre del paciente coagulará mal.

El capitán Salgado miró con frialdad al teniente y cortó la controversia de forma abrupta:

—Déjese de tonterías, teniente. El riesgo de una punción es una coña para un tipo con cáncer de hígado —dijo y, tras un momento de inspiración, añadió—: Como las banderillas para un toro de lidia...

Después, satisfecho con su símil, se encendió un cigarrillo negro.

### 3

La biopsia se programó para el 28 de marzo, primer martes después de Semana Santa.

Ese día José salió a las ocho de la mañana del casi vacío cuartel de la Brigada Ligera Aerotransportada, donde estaba alojado. Hacía un tiempo invernal: frío, lluvia intensa, grandes ráfagas de viento que, desde el mar, penetraban en las callejuelas de la ciudad vieja. El encuentro entre el vendaval y las casas formaba violentas corrientes de aire y calmos espacios abrigados. Unas y otros se alternaban sin regularidad a lo largo del trayecto que José recorrió desde el cuartel hasta el hospital militar.

Mientras caminaba, José mantenía la actitud indiferente y serena que exteriorizaba desde que, una semana antes, el teniente Allegue le había informado de la necesidad de la biopsia y prescrito una medicación de laxantes y diuréticos. Al acabar una explicación titubeante, el teniente contaba con alguna pregunta que le diera pie para explayarse, pero José eludió pedir aclaraciones sobre el diagnóstico, como si, en realidad, careciese de importancia.

—Así que el remedio para mi dolencia consiste en hacer más frecuente la satisfacción de las necesidades líquida y sólida. ¡Qué mierda de tratamiento! —se limitó a comentar.

Desde entonces, Allegue no pudo despejar la duda de si José era consciente o no de la gravedad de su mal: siempre que se veían, José se mostraba ingenioso e incisivo, como de costumbre, con un disimulado aire de superioridad, sin hablar para nada de su enfermedad.

En realidad, José intuía que estaba gravemente enfermo, pero prefería hacer como si no fuese así. Era absurdo preocuparse por pronósticos que sólo servirían para atormentarse en el presente imaginando padecimientos futuros. Ante la enfermedad y ante la vida, José había decidido comportarse como un viajero que navegase sin catalejo hacia una costa ignota. La línea de tierra se le iría haciendo clara y concreta con el transcurrir del tiempo, mostrando cada vez con más precisión sus bellezas y sus peligros. Era una forma de confiarse al azar, de evitar emprender iniciativas propias, de destruir la ilusión de que sea posible alterar en lo sustancial el curso de los acontecimientos. Una actitud congruente con el principio de la no-acción, el *wu-wei* del taoísmo, o con el *karmayoga*, el yoga de la acción del hinduismo, que tanto le seducían.

Al llegar al hospital, sor Visitación lo acompañó hasta una destartalada sala de curas. Al tiempo que desplegabla las hojas de un biombo blanco de estructura metálica y cortina, le dijo que se desnudara y se pusiera un pijama hospitalario que le facilitó tras extraerlo de un arcón. Acto seguido, dándole la espalda, se puso a preparar el instrumental para la biopsia.

José miró un momento a la monja pensando que siempre la había visto entregada a alguna tarea productiva: un ser hacendoso y ocupado, como lo eran los fanáticos de la redención activa, los misioneros, los humanitaristas, los activistas.

José se instaló tras el biombo y comenzó a desvestirse. Fue dejando sus ropas militares sobre una banqueta hasta que quedó desnudo. Su cuerpo se reflejó en la puerta acristalada de un armario metálico. Era un cuerpo minúsculo e inerme, y José tuvo la certeza de que sor Visitación ya lo habría imaginado así, y también velludo y feo, bajo el denso ropaje militar. Sería casi una obligación profesional anticipar en la imaginación el objeto real de sus cuidados. Seguro que sor Visitación era de las que navegaba por el mundo con catalejo.

—Hermana: no crea que por mi aspecto desvalido y menor soy alguien insignificante —le dijo José con una voz firme y vindicativa mientras vestía el pijama—. Soy la reencarnación del demiurgo Prometeo, primo de Zeus, dios del Olimpo. Por amor creé a los hombres modelándolos con arcilla y robé el fuego divino para ellos.

Zeus me castigó encadenándome con cables de acero a una roca del mar y mandando a un águila cada noche para que me devorara el hígado, que se regeneraba cada día haciendo así eterno el suplicio — Al acabar de vestirse, se interrumpió para plegar el biombo—. En estos tiempos prosaicos la cosa ha perdido lustre, y Zeus me ha conmutado la pena por una vulgar dolencia hepática —acabó de decir.

Sor Visitación, sin dejar de atender a su tarea, lo miró. El pijama, enorme para su talla, aumentaba la impresión de desvalimiento que transmitía su escuálida figura.

—¡Qué chocante! Me habían dicho que usted había estado en la India, y más propio que hablar de zeuses y de prometeos sería hacerlo de los dioses de los hindúes, esos monos y elefantes tan curiosos y de nombres tan extravagantes —comentó sor Visitación con un tono de voz jovial.

José cayó en la cuenta de que la hermana no sólo había imaginado el cuerpo del paciente sino que, además, se había informado de su vida y de sus circunstancias, lo que le resultaba agobiante.

—Aprendí mucha mitología greco-latina en la prisión militar. Estuve allí más de tres años, condenado. Tenía tiempo y estaba rodeado de imbéciles, como debe de suceder en el purgatorio —dijo, queriendo ser antipático.

En ese momento el teniente Allegue entró en la sala de curas y le ordenó a José que se tumbara en la camilla situada al fondo. Después se dirigió a sor Visitación:

—¿Todo listo para la faena, hermana?

Trataba de mostrarse animado y seguro, pero en lo forzado de sus gestos y movimientos se le notaba preocupado y tenso.

José se acomodó en la camilla al tiempo que el teniente se le acercaba con el ecógrafo. Al sentarse en un taburete, retiró el pijama del abdomen de José, y sor Visitación, ya situada de pie al lado del médico, le facilitó un gel para lubricar el transductor ecográfico.

Allegue comenzó la exploración al instante pero la demoró en exceso, recorriendo una y otra vez la piel, presionando en un lugar y otro, mirando obsesivamente el monitor... Del pelo rizado de su cabeza comenzaron a deslizarse hacia la frente minúsculas gotitas de sudor.

Sor Visitación supervisaba discretamente el trabajo del oficial médico, que a medida que pasaba el tiempo se mostraba más inseguro.

—Teniente, ¿te das cuenta de que lo que vas a hacerme puede entenderse como una agresión? —dijo José con serenidad—. En

manos de un oficial del ejército español una jeringuilla no es instrumental médico, sino armamento.

—Ahí está la lesión, teniente. Ahí hay que pinchar —musitó sor Visitación con la cabeza muy cerca de la del oficial, tratando de disimular su impaciencia con una voz pausada y discreta.

—Hermana, ¿ha pensado usted en cuantas ocasiones nuestros gloriosos ejércitos habrán echado mano de cualquier objeto punzante para decantar el resultado de una batalla o de una conquista? —le preguntó José, aparentemente impertérrito, a la monja—. ¡Hasta de las vergas de los soldados! —añadió con una risa insidiosa.

Allegue hizo varios gestos afirmativos con la cabeza, y sor Visitación le acercó al instante una jeringuilla con anestesia cutánea. El teniente se la administró a José y, pasados unos segundos, le introdujo una aguja de punción en el abdomen siguiendo su trayectoria a través de la pantalla del ecógrafo.

Cuando la aguja penetró lo suficiente en el hígado, el teniente Allegue aspiró con la jeringa.

—La verga erecta de un español es un arma temible... —completó su argumento José, ahora con voz menos arrogante.

Allegue retiró la aguja del cuerpo de José y vació el cilindro de materia marronácea que contenía en un frasco con formol que le facilitó sor Visitación.

—Si quiere ya me encargo yo de incluir la muestra en un bloque de parafina —dijo la hermana.

Aún cuando notó que alguien limpiaba la zona de piel que había explorado el transductor, José permaneció con la vista perdida en el techo, blanco y con alguna mancha de humedad. También le llegó el olor del desinfectante que impregnaba una gasa que le ponían en el lugar donde habían practicado la punción.

—A base de vergas doblegamos la resistencia de la América precolombina, pero es evidente que no supimos poner en valor nuestro método. ¿Cómo es posible que aún no hayamos reivindicado la invención de la guerra biológica? —añadió ya con un tono retraído.

Como si no hubiese oído sus palabras, el teniente le dijo entonces que mantuviera la gasa sobre la herida y que después sor Visitación se la fijaría con esparadrapo.

—Yo tengo que marcharme a otras faenas y tú te quedas aquí un tiempo en observación. Muévete lo menos posible que no quiero que se complique la primera biopsia hepática que hago —confesó Allegue—. Podríamos decir que eres mi *conejillo de indias*. ¡Muy propio para el personaje! ¿No?

Sólo el teniente rió su gracia al tiempo que se levantaba del taburete y lo desplazaba hacia una pared lateral.

—Espero que tengamos pronto los resultados. Los análisis los hacen en el hospital Juan Canalejo. Dependo del anatomopatólogo, un buen colega. Coincidimos en la facultad, aunque él es más joven —dijo para, finalmente, despedirse—: Dentro de un rato vuelvo por aquí.

José permaneció callado mirando al techo, con una mano sujetando una venda en su costado mientras escuchaba los sonidos lejanos del hospital y los próximos de la monja trajinando con objetos.

Pasado un tiempo impreciso, sor Visitación se acercó a él y se puso a hacerle la cura. José notó un tacto amable en las manipulaciones de aquellos dedos añosos sobre su piel. Giró el rostro, y su mirada, ahora desvalida, se encontró con la de la monja.

—¿Sabe una cosa? —dijo la hermana—. Yo estuve en misiones en Centro América, en Guatemala y El Salvador, y por allí, cinco siglos después, aún sonaba amenazante hablar de los *bergantines* españoles.

José se sorprendió por ese comentario. Estaba convencido de que habría escandalizado a la religiosa con sus palabras y que ella rehuiría su conversación, pero resultaba que no.

—¡Bien, hermana! Mejor chiste que el del teniente... —dijo, y él y sor Visitación se sonrieron por primera vez.

#### 4

Hacía casi una hora que le habían realizado la biopsia y José seguía acostado en la camilla por prescripción facultativa. La sala estaba a oscuras desde que sor Visitación, al acabar de tomarle por segunda vez la tensión arterial para controlar que no se produjese una hemorragia interna, había apagado la luz del techo y ordenado a José que descansase.

—Si puede, duerma. Va a tener que permanecer aquí de seis a ocho horas —dijo la hermana.

Aquel ambiente lúgubre y una perspectiva tan prolongada hicieron que José se dispusiese a alcanzar un estado mental que, en las largas reclusiones en su celda de la prisión militar de Alcalá de Henares, había aprendido a conseguir casi a voluntad. Era su refugio, o su escape, y consistía en vaciarse de pensamientos dejando que su espíritu se convirtiera en un mero reflejo de las sensaciones que le llegaban del exterior: en ese momento, voces lejanas, algún sonido de

megafonía, carros o camillas desplazándose por los pasillos del hospital, una sirena de ambulancia que se apagaba al llegar a su destino...

Ese estado no era muy distinto del que en India su *gurú* había intentado sin éxito que alcanzase: ser como un charco de agua transparente que, al aquietarse, sirve de espejo al cielo. De perseverar en esa práctica —le decía su maestro—, un yo íntimo y no personal acabaría tomando el mando, y el espíritu se reconciliaría por completo con el mundo, fundiéndose con él. Ahí estaba la paz, el descanso, la clarividencia. En prisión, a veces José sintió algo que se parecía a eso, y se animó pensando que, paradójicamente, estaba logrando más progresos espirituales en una cárcel de España que en su errante peregrinar por tierras de Oriente: la inmovilidad que conduce a la sabiduría. ¡A la fuerza ahorcan!

De repente, el estrépito de la puerta de la sala de curas al abrirse hizo que tal reposo finalizara.

—Pase para aquí, subteniente —dijo la voz estentórea de alguien que, al tiempo, encendió la luz del techo.

José giró la cabeza y vio que un capitán médico se adentraba en la sala. Detrás de él un hombre vestido de paisano quedaba cerrando la puerta.

—¿Quién demonios es usted? —le preguntó el oficial a José.

—Cabo José Ramil Guyatt, destinado en la caja de reclutas, a sus órdenes, mi capitán.

—¿Y qué coño hace aquí?

—Me acaban de practicar una biopsia hepática, mi capitán.

El oficial miró con fastidio a José.

—¡Ah, ya! El paciente del teniente Allegue... —repuso con desinterés.

Acto seguido le dio la espalda y se dirigió al hombre que había entrado con él y que permanecía cerca de la puerta.

—Vamos, Pérez: desnúdese y póngase un pijamita de esos de maricón que tenemos por aquí. Yo no sé dónde cojones están, así que búsquese la vida mientras yo organizo todo lo demás.

El subteniente Pérez se dirigió a los arcones situados al otro lado del biombo mientras el capitán revisaba con la mirada todo el espacio de la sala, que, más lleno de armarios, cajoneras, aparadores, estanterías y cajas de embalaje de material que de camillas o mesillas rodantes con instrumental médico, se asemejaba más a un trastero que a una sala de curas.



—Pérez, ¿cuántos litros vació su barriga en la última paracentesis? ¿Diez, quince, veinte?

—Unos doce, mi capitán —respondió el subteniente.

El capitán, entonces, se precipitó a rebuscar por distintas partes de la sala. Primero localizó en un armario un gran recipiente de un material blancuzco y translúcido, del tamaño de un garrafón, que colocó debajo de una camilla paralela a la de José. Después rastreó en cajones y en aparadores hasta localizar un largo tubo de plástico, agujas y cánulas.

Ya vestido con un pijama, el subteniente se acercó dócilmente a la camilla. Era un hombre famélico, con la piel reseca de un alcohólico, los ojos enrojecidos y, en cambio, con un vientre mórbidamente hinchado: un contraste monstruoso.

Sin esperar instrucción alguna, el subteniente se tumbó con gran dificultad en la camilla, jadeando, y después desabrochó la camisa del pijama para dejar al descubierto su vientre abultado y deforme.

El capitán le pinchó cerca del ombligo con una aguja, que después substituyó por una cánula a la que acabó conectando el tubo de plástico.

—Le he puesto un calibre del 16, a ver si así en dos o tres horas damos vaciado todo ese líquido —dijo mientras tiraba envoltorios en una papelería y colocaba el extremo del tubo en el interior del recipiente situado bajo la camilla del subteniente—. Si hay algún problema, espere una hora y dé un grito. Entonces tendrá que venir el teniente Allegue, que ya habrá acabado con los cuatro soldaditos que se dieron una hostia con un jeep. ¡Antes de una hora no puede haber ningún problema! ¿Entendido?

—Como ordene mi capitán —repuso el subteniente con una voz servil y ronca.

Mientras el capitán abandonaba la sala de curas, el tubo fue ocupándose con un líquido amarillento, del color de una orina clara, que comenzó a vaciarse en el recipiente.

Al sonido de la puerta al cerrarse le siguió un breve silencio, que el subteniente interrumpió.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Ya me parecías así, mayor ¿Has reenganchado?

—No. Completo el servicio militar después de una condena.

—¿Qué hostia hiciste?

—Deserté.

Durante unos momentos el subteniente permaneció en silencio.

—Desertor, cabo y destinado en la caja de reclutas. Un puto enchufado, ¿no? —dijo, ahora con una voz desafiante y despreciativa.

José decidió no responder. Nunca olvidaba que era un miembro de la tropa y que cualquier superior, incluso un suboficial alcohólico, disponía de un poder efectivo sobre él.

—No tendrías huevos para desertar en tiempo de guerra —continuó diciendo el subteniente sin dejar de mirarlo de forma penetrante—. En el año 57, nada más yo llegar a Sidi Ifni, tuvimos que irnos al frente, a darnos de tiros con los marroquíes. Allí no desertaba ni dios. Era morir seguro. O te mataban los marroquíes o tus compañeros. ¿Comprendes, cagón?

José no necesitó responder porque aquélla era una pregunta retórica: el subteniente Pérez encontraba en su mismo discurso argumento para seguir hablando, como si, de la misma forma que su vientre se vaciaba de líquido, su mente se vaciase de recuerdos.

Y entonces, de forma fragmentaria y caótica, el subteniente Pérez contrapuso su historia a la de José: su alistamiento como voluntario en la Legión y su llegada un mes de enero a El Aaiún, en el Sáhara; su instrucción y su jura de bandera; cómo un 23 de noviembre, con 19 años bien cumplidos, su Bandera de la Legión, la VI, fue transportada a Sidi Ifni para defender aquel territorio de una invasión marroquí. Y nada más tocar esa tierra, “*casi sin tiempo para mear*”, según dijo, ya tuvo que participar en una operación de guerra: la liberación del enclave de Telata de Sbuia, en el que una patrulla de paracaidistas se había atrincherado tras sufrir una emboscada.

—Allí había hombres de verdad. Se defendieron varios días de un enemigo mucho más numeroso. Al liberarlos, había varios cadáveres. Yo vi con estos ojos al teniente Ortiz de Zárate muerto. Un joven héroe. El primer héroe de esa guerra —dijo, y su voz se quebró un momento por la emoción.

Cuando retomó su monólogo, José ya sabía que había dejado de existir para el subteniente. Con la mirada perdida en el techo, de rememorar cosas de Ifni, pasó a evocar sus patrulleos por el desierto, cerca de Mauritania, como sargento del II Grupo “Capitán La Gándara” de la Agrupación de Tropas Nómadas, y sus rememoraciones ya no se interrumpieron durante más de dos horas ni siquiera cuando sor Visitación entraba en la sala cada cierto tiempo para hacerle a José controles de tensión.

A pesar de que aquel hablar inagotable ya no iba dirigido a él, José se sentía afectado al escucharlo, y echó de menos poder fumar

hachís para sobrellevar aquel extraño desasosiego. ¿A qué se debía si, en realidad, las batallas del subteniente en el Sáhara ni le iban ni le venían?, se preguntó.

De repente algo llamó su atención. Miró hacia la camilla del subteniente y comprobó que el líquido que bajaba por el tubo había cobrado un tono sanguinolento. Algún capilar se habría roto y la sangre se habría diluido en aquel otro jugo biológico.

*“Amarillo y rojo; sangre y arena... o sangre y orina. Amarillo de orina y rojo de sangre: los colores de la bandera nacional”*, jugueteó José con el pensamiento tratando de hacerse un chiste, aunque no consiguió distraerse. La expansión del nuevo flujo colorado en el volumen que ya llenaba tres cuartos del recipiente le hizo comprender que la razón de su inquietud no estaba en las palabras del subteniente sino en el fluido que emanaba de él. Allí seguía vaciándose, y aquello sí que afectaba a José: era líquido ascético como el que se comenzaba a acumular en su propio vientre, y que en algún momento también él vertería en un inmenso garrafón. Era una anticipación concreta y material de los padecimientos que le esperaban; algo asqueroso y visible, ya no una fantasía.

—¡Dieciocho años en África! Sentí tristeza cuando salí de Villa Cisneros. 12 de enero de 1976. Embarcamos para Canarias, y desde el mar aún oíamos disparos. El ejército mauritano y los milicianos del Polisario combatiendo. Muchos milicianos, compañeros nómadas nuestros —dijo el subteniente, y calló.

Entonces José, como si no lo hubiera visto antes, reparó en que el tamaño del recipiente, comparado con el del cuerpo del suboficial, era desproporcionado, y padeció un ligero mareo al imaginar el peso que un día él mismo sentiría llevando un volumen de líquido equivalente en su abdomen.

## 5

El resultado de la biopsia aún se demoró dos días durante los cuales José cumplió con la rutina de su servicio: salir del cuartel a tiempo para llegar a las nueve a la oficina de la caja de reclutas; despachar con un capitán; acercarse al hospital a intercambiar papeles; de vuelta en la oficina completar y ordenar expedientes y, por fin, regresar al cuartel para comer. Después, si no tenía guardia, toda una tarde sin nada que hacer hasta la hora de la cena.

Los otros soldados y los oficiales de la caja de reclutas ignoraban por completo la posible enfermedad de José; tampoco los

soldados conductores y mecánicos de la unidad logística de la Brigada Ligera Aerotransportada, con los que compartía cuartel, sabían nada del asunto, y esa ignorancia era perfecta para que José mantuviera una aparente normalidad, la actitud impasible y altiva con la que se conducía.

Pero el viernes 31 de marzo, cuando se encontró en el hospital con Allegue y le dejó las peticiones de informes médicos de nuevos reclutas, el teniente lo sacó del despacho colectivo en el que usualmente atendían los asuntos oficiales, buscó una sala de reconocimiento, cerró la puerta y, con penosa dificultad para expresarse, le confirmó el diagnóstico de su cáncer.

En esta ocasión, aunque José tampoco preguntó demasiadas cosas, Allegue encontró la manera de informarle de lo esencial: el curso inmediato de la enfermedad iba a permitirle llevar una vida normal salvo por la aparición de episodios de ascitis y de encefalopatía, y por el riesgo de alguna hemorragia causada por varices esofágicas; después vendrían las metástasis óseas o pulmonares, que ya exigirían una hospitalización que habría de prolongarse hasta “*el desenlace final*”, como eufemísticamente dijo Allegue.

Todo ese proceso se iba a desarrollar en un periodo de tiempo corto, de alrededor de un año, siendo imposible fijarlo con más precisión.

—Nunca más de dieciocho meses —concluyó el teniente.

José, provisto con nuevos medicamentos e indicaciones dietéticas que le facilitó el oficial, volvió a la caja de reclutas, completó su tarea y se fue a comer al cuartel.

Después se tendió en su litera. Había podido elegirla de entre casi todas las disponibles porque en aquel amplísimo dormitorio sólo se alojaban José y dos o tres soldados desplazados: desde hacía algo menos de un año, el grueso de la Brigada Ligera Aerotransportada había abandonado ese cuartel para trasladarse a unas nuevas instalaciones, situadas a unos cien kilómetros de distancia.

José dobló los brazos a la altura de la cabeza, la reposó en las manos que entrelazó por detrás de la nuca, y perdió la mirada en el techo. En él, la fría luz exterior y unas tenues zonas de sombra se alternaban con la regularidad con que en las paredes lo hacían los ventanales y los muros.

La inmensidad del pabellón no era obstáculo para que José se sintiese como en su hogar. Ya desde que ingresó de niño en el colegio de huérfanos de la Guardia Civil, y más aún después de su largo

deambular por India y de sus años de cárcel, se había acostumbrado a considerar como su casa el lugar en que se encontrasen sus escasas pertenencias: en aquel momento, cuatro libros, su documentación oficial, algunas prendas civiles, una cartera con direcciones y fotografías, y un bote de vidrio con las cenizas de su perra Sarahi, que, en la madrugada en que lo detuvieron, murió ahogada tras internarse en el mar para socorrer a su dueño, que zozobraba. Y todo eso estaba ahora allí, en una de las cien taquillas que se alineaban contra los muros laterales aprovechando los espacios que mediaban entre las vacías estructuras metálicas de las literas.

José trató de concentrar sus pensamientos en los dieciocho meses que, como máximo, se iba a prolongar su vida. Si así fuese, viviría hasta septiembre de 1990 y no llegaría a cumplir los treinta y cuatro años. Trató de reflexionar acerca de la reducción de la incertidumbre y de la esperanza que tal conocimiento implicaba, y en la oportunidad que suponía para organizar su tiempo y sus actos, pero, de forma caprichosa, su mente se empeñaba en dirigirse hacia el pasado, hacia el momento en que su cáncer había comenzado a formarse.

Quizá fuese una curiosidad extravagante; a lo mejor era imposible en términos científicos datar el nacimiento de un cáncer, pero a José le parecía un dato esencial. Cualquier hombre debería poder relacionar el nacimiento de su enfermedad con su biografía. El que la naturaleza no lo hiciese necesario ponía de relieve una gran paradoja existencial: en un momento dado, el suceso más determinante para su futuro le había pasado totalmente desapercibido. Su vida había prolongado su curso normal gracias a la ignorancia. La salud podía consistir en no saber. Un día que no podía identificar, en el que quizás lo que más recordase fuese una discusión con un compañero de prisión, o su detención, o la carencia de hachís con que sobrellevar el tiempo, una célula de su hígado había comenzado una multiplicación frenética que iba a acabar matándolo y que él no había tenido forma de conocer hasta mucho después, cuando ya todo se había vuelto irreversible. Durante meses o años su cuerpo había sido escenario de una trama asesina, con la que José había convivido como alguien ajeno e ignorante.

Tal cosa hacía evidente que los hombres no eran individuos compactos y unívocos, sino, al menos, conjuntos de dos: un yo psicológico, que se manifestaba a través de un discurso emocional y

compasivo, y un ser vegetativo, biológico, que operaba con una causalidad impasible y asesina.

En realidad, ni siquiera eso era así. Ese yo biológico estaba constituido de miles de millones de células, cada una hasta cierto punto aislable y totalmente suficiente para deshacer el equilibrio del conjunto: una sola célula que, multiplicándose, dejaba de existir y, al tiempo, se perpetuaba; la prole de una única célula que se extendía gracias al sustento que le daba el cuerpo que estaba matando.

José comenzó a sentirse arrastrado por la espiral de abstracción y vacío a la que lo encadenaba su razonamiento cuando perseguía los infinitos conceptos en que se podía descomponer la realidad, ella siempre más allá, huidiza. Sabía que la identidad de los seres era algo inconsistente, una de las más seductoras expresiones de *Maya*, la ilusión de realidad que, según los hindúes, los sentidos y la mente nos proporcionan acerca del mundo. Mundo que, sin embargo, no es más que una sucesión de estados transitorios que adopta un ente oculto e inaprensible, inmenso y eterno.

José recordó a su *gurú* mostrándole con un rostro circunspecto su puño cerrado. *“Tú llamas a esto puño, es algo duro y compacto”*, decía. Y acto seguido, riéndose, abría la mano y añadía: *“Pero el puño no existe. Sólo es la acción de cerrar la mano. El puño no es una cosa, sino el resultado de un acto, un estado de la mano. ¿Por qué tú crees ser alguien, y no un mero acto de otro ser, un estado de Dios, de Brahman?”*

José tomó conciencia de que, si no lo remediaba, podría pasar horas y horas yendo de una idea a otra, cada vez más lúgubres y frías, más inquietantes y agotadoras. Siempre era así: cuanto más presionado se encontraba en lo emocional más difícil le resultaba controlar sus pensamientos, no dejarse dominar por la insaciable actividad de su cerebro.

Hacerse cargo de su enfermedad le estaba afectando más de lo que aparentaba, y la perspectiva de la soledad del cuartel durante el fin de semana no le proporcionaba ningún alivio. Dudando de ser capaz de aquietar la mente por sus propios medios, José se encendió un canuto de hachís. Si estuviese en la cárcel, los encuentros forzados con los otros reclusos conseguirían distraerlo, pero allí no se le ocurría ninguna solución más que fumar y fumar, y adormecerse.

Resultaba irónico: la influencia de su familia en los mandos militares le había conseguido ese destino, que él había solicitado. En las últimas noches que había pasado en prisión, había confiado en que los momentos tan intensos que había vivido en A Coruña le servirían

de anclaje para un nuevo comienzo, para una redención: sentirse parte de algo, ya no un vagabundo, ya no un prófugo extraño en cualquier lugar. Sin embargo, ahora su futuro se había reducido a la tarea de morir y ninguna de las personas que habían compartido con él sus experiencias vivía ya allí: Estrella, un amor de juventud y más tarde pareja de Paco, era profesora en una universidad andaluza; Manuel, el gran compañero de sus ambiciones intelectuales y ahora alto cargo en un ministerio, vivía en Madrid; Paco, su amigo más íntimo, se había separado de Estrella, con la que se había casado poco después de que José desertase, y había instalado su casa y su estudio de pintor en Castro de Soneira, el pueblo en que, de niños, José y él se conocieron. Hasta Giuseppe, el extravagante compañero de colegio que había vivido en la casa de sus padres y mantenido el mismo número de teléfono en los últimos treinta años, se había esfumado como por ensalmo. En aquel momento, José no tenía en A Coruña a nadie a quien acudir, salvo contactos no muy relevantes, como el propio teniente Allegue, o recientes, como sus compañeros en la caja de reclutas, o las dependientas de comercio y supermercado, o las empleadas de peluquería, con las que coincidía en una cafetería que frecuentaba y con las que, por no perder la costumbre, coqueteaba.

También estaba Elisa, una limpiadora del hospital con la que José había intercambiado tres o cuatro conversaciones y hecho el amor una vez, a pesar de lo cual él seguía considerándola una extraña. El contacto que habían mantenido era un recuerdo borroso. Aquella noche los dos habían consumido alcohol y cannabis en abundancia, y la imprevista ternura que se dedicaron, la avidez de sus caricias, no habían sido expresión de un afecto sino efecto colateral de dos huidas. Al igual que José, Elisa tenía el aspecto desgarrado de una condenada a la soledad, de una rebelde sin causa, y el sexo entre ellos fue, ante todo, un acoplamiento por simpatía... una resonancia impersonal encarnada en los cuerpos...

¡El sexo!

Por un momento José fantaseó con la caricia de una inexistente compañera. Resultaría terapéutico entregarse a una sensibilidad corpórea, concentrada en la piel, en lo genital, en donde los pensamientos y los miedos abandonasen su forma para adoptar la de los estremecimientos, la del deseo, un mero circular de electricidad por los nervios y un espasmo profundo y placentero... aunque quizá la enfermedad hiciese imposible que el placer creciese y lo dominase...

¡La enfermedad! ¡El dolor! ¡La muerte!

Estaba justificado que a cada instante José tuviese más miedo de sí mismo: de su cuerpo, que lo estaba matando, y de su mente, que lo acosaba con insidiosas asociaciones de ideas.

Aspiró con fuerza su canuto, expulsó lentamente el humo de hachís, que se perdió en el amplio espacio del dormitorio del cuartel, y entonces decidió ir al encuentro de Paco. Desde que José había llegado a Coruña en enero había hablado con Paco por teléfono pero no se habían visto.

En realidad no se veían desde hacía más o menos año y medio, cuando Paco había visitado a José en la prisión de Alcalá.

Sí: Paco era un viejo amigo al que poder confiarse, y por eso la compañía perfecta para el fin de semana.

Y ése también era el momento perfecto para que José se reencontrara con el lugar en que transcurrió buena parte de su infancia... donde, además, estaban enterrados sus padres, de los que podría despedirse...

¡Qué forma más melodramática de pensar!, se reprochó al tiempo que exhalaba otra bocanada de humo de hachís. Sus padres ya no estaban allí desde hacía casi veinte años. ¡Habían muerto! Se habían desvanecido en eso tan inmenso y oculto que absorbe cualquier existencia individual: el sumidero ontológico de las divinidades, o de la naturaleza.

## 6

Sin embargo, el reencuentro con la tumba de sus padres fue lo que aquel fin de semana proporcionó más alivio a José. La sepultura apenas había experimentado cambios, y eso era lo fundamental dada la naturaleza quimérica de su propósito: con aquel viaje pretendía llegar a un refugio que, en realidad, se encontraba en el pasado, en un cierto lugar del espacio-tiempo sólo accesible a través de la rememoración.

Por eso, ya en el autobús, José comprendió que haber salido del cuartel no iba a serle útil. Únicamente la coincidencia del mundo con la memoria le hubiera ayudado, y el mero trayecto hasta el pueblo puso de relieve el abismo que existía entre el presente y sus recuerdos. Había recorrido ese camino por última vez hacía unos diez años y, con respecto a entonces, el paisaje, la gente y él mismo habían experimentado deterioro, se habían degradado. Lo comprobaba a cada instante, cuando su rostro se reflejaba en el vidrio de la ventanilla del



autobús, o cuando el reflejo desaparecía y sólo era visible la sucesión de prados, fincas de cultivo, árboles, casas o basureros.

También, y de una forma radical, al observar los tramos inservibles de la vieja carretera, que se deshilachaban del tronco del nuevo trazado como retazos de un mundo anterior, más hermoso y más reposado. De hecho, ahora se tardaba poco más de una hora en llegar a Castro de Soneira cuando antes no era posible hacerlo en menos de dos y media: el paisaje, antes tan presente, reducido ahora a mera evidencia de la velocidad a la que se circulaba.

Paco estaba esperando a José en la plaza en la que se cruzaban las carreteras que por el oeste y el norte conducían a la costa. Parecía más corpulento y rural. Había engordado y su vientre se había abultado pero, además, vestía con descuido, y su muy frondosa barba carecía de forma definida.

Mientras cuatro pasajeros bajaban del autobús, José reparó en que también la plaza había cambiado en aquello que a él le resultaba más esencial: la iglesia seguía allí, pero el viejo edificio del bazar de la familia de Paco, que antes ocupaba una esquina principal y donde habían transcurrido los momentos más importantes de la relación con su amigo, ya no existía. En su lugar se levantaba una estructura de hormigón de cuatro alturas.

—Edelmiro, non traes un paquete para min? —le preguntó Paco con auténtica familiaridad al conductor del coche de línea, y éste respondió negativamente con un movimiento de cabeza antes de cerrar la puerta del autobús.

—¡Mierda! —gruñó Paco—. Habían quedado en mandarme hoy dos botes de cola y un fijador de pintura. Lo necesito para trabajar el fin de semana. Ya casi no me queda y tengo que apurar. Ya verás. Estoy con unos cuadros de gran formato que son la leche, y quiero acabarlos antes de irme de viaje. ¿Sabes?, porque he decidido hacerme un viaje a Italia: a Milán y Turín. De allí es un matrimonio mayor que estuvo hace un mes por la Costa da Morte y me vio la obra. Les gustó mucho y me invitaron a su casa. Son medio aristócratas y con mucha pasta.

Sin ni siquiera saludar a José, Paco se puso a andar en dirección contraria a la del autobús, que arrancaba para continuar viaje a Finisterre.

—Ven por aquí, que dejamos tus cosas en casa. Es ahí mismo, en la carretera, en la esquina de enfrente. Es provisional mientras no acaban la obra —dijo, señalando con un dedo el edificio en construcción sin detenerse, y cambió de tema tras mirar un momento a

José—: Tienes una pinta un poco floja. ¡La astenia primaveral! Y yo supongo que también. No sé qué me pasa, pero estoy agotado. La verdad es que trabajo mucho. Casi todo el día me lo paso encerrado en el taller del río, currando y currando. A veces no paro ni para comer. Necesito descansar, así que ¡la semana que viene me las piro!

Paco no dejó de hablar ni un instante mientras subían a su piso, un espacio sin personalidad en donde José orinó copiosamente: su tratamiento con diuréticos comenzaba a hacer efecto. Acto seguido dejó sus cosas en un dormitorio y vistió un anorak que Paco le prestó para que se abrigara ya que José había olvidado el frío intenso que provocaba la humedad de aquel valle.

Después volvieron a salir, y Paco dio por supuesto que irían paseando hasta el taller del río para, antes de comer, contemplar su obra.

—Primero quiero pasar por el cementerio —dijo José, y Paco lo miró extrañado.

—¿Y eso?

—Quiero ver algo que no haya sido destruido —respondió José deteniéndose un momento y señalando la estructura de hormigón que se encontraba frente por frente a la iglesia.

Paco se mantuvo silencioso, como si un lejano remordimiento lo tentase a disculparse.

—¿Cómo dejaste que tiraran el bazar? —le preguntó entonces José, escandalizado.

—La casa vieja no valía nada —dijo Paco por fin, y reemprendió la marcha y su charla inacabable—. Mi padre me la dio cuando me separé de Estrella. Ya te lo había comentado, ¿no? El cabrón desconfiaba de que yo pudiese vivir con lo que ganaba con mis cuadros y dibujos. Y yo se lo vendí a un promotor que va a levantar un edificio de cuatro plantas y bajo cubierta.

Paco se mostraba animado por el futuro y, en consecuencia, indiferente hacia las manifestaciones de su pasado, justo lo contrario de lo que le sucedía a José, que caminaba al lado de su amigo pero del que se sentía distante y ajeno.

Paco siguió con su parloteo diciendo que había sido una suerte encontrar a ese promotor; que él no podía seguir con un taller que se inundaba con frecuencia, hasta tres veces en los últimos dos años; una instalación inapropiada, que su padre había comprado para almacén del bazar y que, desde que éste se había cerrado al morir su abuela, había permanecido sin uso, aunque nunca hubo problema de inundaciones hasta que el Ayuntamiento decidió canalizar el río...

Mientras tanto, José se forzaba a convocar rememoraciones gratas de su infancia en ese pueblo, que aparecían fragmentarias y discontinuas.

Primero, su llegada cuando tenía seis años. Entonces, detrás de la iglesia apenas había edificios, y desde el centro se divisaba allá al fondo la casa cuartel de la Guardia Civil, donde estaría su hogar.

También las frecuentes vistas del mar desde lo alto de los montes de Traba junto a su padre, recuperando aire tras haber ascendido de forma penosa por un camino pedregoso siguiendo sus pantalones verdes y sus altas botas negras que se movían con una regularidad atlética. O las excursiones por la ría en humildes barcos pesqueros que alquilaba el padre de Paco para matar la añoranza del mar durante sus vacaciones entre travesía y travesía en los grandes petroleros que lo llevaban y traían del Oriente Medio.

Después, los paseos nocturnos de la adolescencia con Paco y Manuel, yendo de un lado para otro hora tras hora, hasta la madrugada, conversando sobre lo divino y lo humano. Ahora sólo tres o cuatro elementos permitían recordar lo que habían sido aquellas noches peripatéticas: obviamente el castillo, que seguía allí, a la entrada del pueblo, pero ya no como una ruina sino como una instalación sin uso definido, despojada de la gloria de la función perdida; los nombres de los bares de emigrantes en Suiza o Argentina, que subsistían; el crucero frente a la iglesia; la elegancia de la verja del pazo de Trasariz y sus dos grandes palmeras imponiéndose en el paisaje lineal que llevaba a la costa...

—Uso el almacén como taller desde que me vine para aquí cuando dejé a Estrella —seguía diciendo Paco—. Vivo en el piso y trabajo en el viejo almacén. Un coñazo. Menos mal que ya no queda mucho para que acaben la obra nueva. En el trato con el promotor me quedé con dos pisos. Casa y taller todo junto, como un señor. El taller, con techos altos y mucha luz; y una terraza que ocupa toda la extensión del bajo, donde van a poner una sucursal bancaria. Una enormidad.

Todos los recuerdos que José convocaba se diluían en su mente hasta que se hizo presente uno involuntario: aquél en el que experimentó por primera vez que su vida y la de aquel pueblo estaban condenadas a separarse, que su ilusión de pertenecer a aquel lugar era vana. Fue la misma noche en que supo que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico. Estaba en la casa de Paco, donde le habían dejado pasar todos los días del viaje que sus padres habían hecho a Madrid. Al atardecer, su hermana mayor llegó en el coche de línea de

Coruña, donde estudiaba magisterio hospedándose en una residencia de monjas con las que había cursado el bachillerato. José tenía doce años y su hermana veintidós. Su hermana se acercó a la casa de Paco y, con una severidad que José vivió como hostil, se llevó a su hermano a la casa cuartel.

—La vivienda no será muy grande, pero el taller sí, y con la terraza, un lujo. Podré hacer escultura si me sale de los cojones, y obras de gran formato.

Sobre el fondo pertinaz de las palabras de Paco, José experimentaba ahora la misma lejanía, la misma extranjería que había sentido veinte años atrás recorriendo un trayecto parecido, entonces hacia la casa cuartel, ahora hacia el cementerio, que ya se vislumbraba allá al fondo, pasado el río y el taller de Paco.

—Necesito trabajar el gran formato. Los italianos me insistieron mucho. Una pareja acojonante. Él tendrá setenta años y ella unos sesenta, aunque no los aparenta. Él es un coñazo, aburrido y conservador, pero ella todo lo contrario. Ella manda. Es condesa o duquesa o baronesa... algo así. No farda de eso, en todo caso. Le encantan los coches, conducir. Ella es la que conduce. Tienen un castillo en el Piamonte, cerca de Turín. Le llaman castillo. No sé exactamente qué será. Les hablé de mí Ceci, la galerista. ¿La conociste? Yo creo que te la presenté. En todo caso te hablé de ella. Eso seguro.

—¡¿De quién coño no me habrás hablado tú?! —exclamó José francamente cansado de la verborrea de su amigo.

Habían llegado al portalón del cementerio, y la concentración de la mirada de José al abrir la verja y entrar en el recinto hizo que Paco callase.

Aunque José había estado allí por última vez hacía ya diecinueve años con motivo del entierro de la madre de Paco, se encaminó sin ninguna vacilación hacia el lugar en que se encontraban los nichos de sus padres. Su recuerdo lo guiaba y la realidad del cementerio no le contradecía. Lo que había en su memoria tenía vigencia, y José tuvo la grata sensación de que se estaba moviendo por aquel lugar pero en un pasado indefinido, en un tiempo originario y genético.

Su agrado se incrementó cuando se detuvo ante los nichos que contenían los restos de sus padres. En ese momento el cielo se aclaró y una luz intensa iluminó la piedra y los metales de las sepulturas. El cuidado que mostraban los sobrios adornos vegetales —unos maceteros rectangulares con mirtos cortados con perfecta

regularidad— y la pulcritud que exhibían las lápidas grabadas con sus nombres y sus fechas de nacimiento y muerte revelaban la pervivencia del recuerdo. José sabía que su hermana mantenía contactos anuales con el comandante del puesto de la Guardia Civil para asegurarse el decoro de aquellas tumbas. Quizás fuese la esposa de algún guardia, o directamente un *número* cuidadoso y dispuesto el que frecuentase el cementerio para cuidarse de las sepulturas de los miembros del cuerpo en nombre de sus familias ausentes, meras componentes de una más extensa y poderosa: la propia Guardia Civil. José recordó cómo los uniformes verdes lo rodearon el día de las exequias de sus padres, él un pequeño y desvalido niño protegido por aquellos desconocidos, a los que, sin embargo, le unía un vínculo incontestable y misterioso.

Por unos instantes José se sintió en calma. Miraba las lápidas de los nichos de sus padres y tenía la sensación de que efectivamente ellos estaban allí, de que sería posible convocarlos y que, entonces, podrían emerger de su lecho, y rodear a su hijo con los brazos, y protegerlo, y darle consejos para culminar su vida y llegar a la muerte de la mejor forma posible.

El cielo se aclaraba y oscurecía de forma alternativa como si un dios infantil e inexperto estuviese aprendiendo a manejar la sucesión del día y la noche, y el ánimo de José se dejaba mecer por esas oscilaciones de luz, como si sólo su sensibilidad tuviese el poder de influir sobre él.

Sin embargo aquello no duró mucho. Su razonamiento se puso inmediatamente en marcha y rompió su ensueño y su gozo. ¡Sus padres no estaban allí! Dentro de los nichos sólo había materiales inertes, minerales. Todo lo que José experimentaba como emoción no estaba más que en su ilusa mente, engañada...

José se giró y contempló la perspectiva general del cementerio. Los panteones, las tumbas y los nichos, con sus formas y colores variados, componían un conjunto abigarrado. La gama de pardos, negros y blancos de los materiales de las sepulturas se rompía aquí y allá con brillos metálicos de cruces, con reflejos de vidrios o con destellos luminosos de flores. Sin embargo, al observar lentamente ese conjunto se percibía que la muy variable intensidad que irradiaba de las lápidas no tenía que ver con su ornamentación. Unas destacaban con gran protagonismo y otras, en cambio, aunque fuesen aparatosas y rebuscadas, se confundían en un amontonamiento indistinto e informe con todas las demás. ¿Cómo se podía explicar esa diferencia?

De lo lejos, en medio del silencio apenas roto por el sonido del viento, a José le llegó la voz de Paco, de nuevo hablando con alguien.

Por inercia, José se dirigió hacia el lugar del que procedía el sonido y, mientras, su pensamiento siguió buscando una respuesta a la pregunta que él mismo se había formulado.

Pronto le vino a la cabeza una explicación romántica: las tumbas se mostraban presentes con la intensidad con la que el recuerdo de sus ocupantes perduraba en los vivos. La de Olivio Mira Porto, nacido en 1912 y muerto en 1988, apenas resultaba visible a pesar de estar constituida por un túmulo de mármol negro; en cambio la de María Pose Carballal, nacida en 1966 y muerta en 1987, una simple losa de granito cerrando un nicho pequeño, atraía cualquier mirada. Habría sido muy querida por sus padres, o quizás aún viviese un hombre al que enamoró, cuyo amor y recuerdo doloridos daban brillo a los restos de su fallecida princesa... Y, cada una con su propia intensidad, cientos de tumbas más: de niños muertos o de padres; de enfermos o de accidentados; de sacerdotes o marineros; de costureras o señoras...

Sí. Los muertos no tenían nada que ver en ese proceso. Ellos no existían. El cementerio era el lugar en que se producía su segunda muerte: el olvido. Pero esa muerte ya no era la suya, sino la de los vivos en los que reside la memoria.

En sentido contrario, los cementerios eran el lugar en que los vivos mantenían la ilusión de que los muertos seguían acompañándolos, de que aún estaban ahí y, en consecuencia, de que también la vida presente se mantendría más allá de la muerte, de que era consistente y perdurable. Quizá por eso la implacable tradición hindú manda quemar los cadáveres: ¡para que en los vivos no arraigue ninguna ilusión de permanencia personal!

José dobló la esquina de la última zona de nichos y descubrió a Paco hablando con una mujer madura, vestida de negro. Se habían reunido junto a una fuente regulada con un grifo, alrededor de la cual había recipientes de plástico con formas varias: jardineras, cubos, cuencos. En aquella hilera de sepulturas estaba la de la madre de Paco, llena hasta rebosar de flores frescas que Paco había rociado con agua y dispuesto en los floreros de una forma artística. Ahora acababa su trabajo con un último manojo de rosas que después devolvería a su lugar sobre la losa de mármol blanco de la tumba.

José, sin embargo, giró su cuerpo y observó la zona de expansión del cementerio que se había abierto tras ese límite. En un lugar central del suelo, aún muy vacío, había una pequeña tumba hecha de arena de playa, adornada con conchas de vieira y berberecho y coronada con una simple cruz de madera blanca con una inscripción:

*El niño Jaime Liz Mira subió al cielo el 14 de enero de 1982, a los cinco días de haber nacido. Tus padres no te olvidan.*

—Adeus Manuela, e saúdos para o teu home —dijo Paco, y acabó acercándose a José, que continuaba observando aquella extraña tumba—. Puse en orden las flores de mi madre. Mi padre le ha encargado a la floristería que cada semana las cambien, pero tienen el gusto en el culo.

—¿Cómo es posible que haya una tumba hecha de arena y conchas, como esta? —preguntó José—. El viento la destrozará a cada poco, se la llevará.

—Es una tradición de Lira, el pueblo de la madre del niño. Está casada con un empleado de la caja de ahorros. Todos los días viene por aquí al menos dos veces, y compone la tumba, y le cambia los adornos, el tipo de conchas, según lo que recolecta en los arenales... Es una mujer muy triste. No ha podido tener más hijos y es como si éste aún siguiera vivo para ella. Cuando hace bueno, se trae una silla y pasa ahí horas y horas, calcetando...

José permaneció callado. ¡Qué emocionante le resultaba esa devoción física, presencial, hacia un muerto, alguien que ya no existe! Los indispensables cuidados de una madre hacia un hijo recién nacido y ya muerto, que lo sobreviven.

¿Sería legítimo deshacer esa ilusión de pervivencia en el corazón de la madre para transmitirle una sabiduría verdadera?

“No”, se respondió. ¡Sería una crueldad! La vida estaba indisolublemente unida a la ignorancia, y por eso también lo estaba la compasión.

—Oye, convendría que comiéramos algo. Está a punto de caer una buena tromba de agua —dijo Paco mirando al cielo que, efectivamente, se había oscurecido de forma amenazadora.

## 7

A media tarde la tormenta había descargado por completo, y entonces Paco propuso que visitaran la playa de Soesto. A José le gustó el plan porque aquel lugar tenía para él un especial significado. En muchas ocasiones, cuando en India o en sus largos años de prisión se desesperaba tratando de profundizar sin éxito en sabios conceptos orientales como, por ejemplo, la unidad esencial de todos los opuestos, le asaltaba la imagen de aquel paisaje. La playa misma era una expresión perfecta de la unión entre lo terrenal y lo oceánico, lo fértil y lo estéril: en ella moría un río que venía de un valle agrario, y

que, tras discurrir paralelo al mar al otro lado de una estrecha área de dunas, se perdía en una esquina del arenal. Su curso estaba jalonado por unas enormes calas que florecían al inicio de la primavera y, sin embargo, el resto de la vegetación que emergía de la arena era espinosa y enjuta como la de un desierto, y los promontorios en los que por un lado y por otro moría el arenal estaban formados por yermos acantilados rocosos.

En la adolescencia, José había acampado varias veces en las agrestes inmediaciones de la playa acompañado de Paco, de Manuel o de Estrella. Así, rodeado de amigos y en ese escenario, José había descubierto el embrujo ambiguo y contradictorio de la naturaleza: el embate de las olas como expresión de su hostilidad, o el atractivo erótico de los cuerpos humanos como manifestación de su encanto.

Mientras se encaminaban hacia la costa en el coche y Paco conducía hablando y hablando para quejarse de sus dificultades profesionales, José rememoraba aquellos momentos iniciáticos. No tendría más de catorce años cuando midió sus fuerzas con el mar embravecido de Soesto, con sus olas brutales y de escasa regularidad que le hicieron experimentar el riesgo de hundirse y ahogarse, pero también el placer de, al desafiar a la naturaleza, sentirse un individuo. Desde entonces, en muchas ocasiones buscó confirmar la fuerza de su yo internándose en mares abruptos, entregándose al azar, corriendo peligro, como, por ejemplo, la misma noche en que lo detuvieron.

También en Soesto había comprendido hasta qué punto el poder que las redondeadas formas de un cuerpo de mujer ejercían sobre él era un atavismo. Él ya había conocido a chicas en la universidad o en la actividad política clandestina; tenía facilidad para entablar relaciones y culminarlas. Pero fue en aquella playa, quizás ya con veinte años, cuando, al contemplar el cuerpo semidesnudo de Estrella encaminándose hacia el agua, tomó plena conciencia de que su ser formaba parte de un plan, ajeno y anterior a él mismo, que lo vinculaba con lo femenino por una necesidad de la especie. La naturaleza se imponía a su voluntad individual y hacía crecer en él el deseo, hasta dominarlo. Era la constatación contraria a la de su bravuconería con las olas: una mujer desnuda bastaba para demostrarle que su individualidad era débil e inconsistente, más gregaria que personal.

—Pues el muy cabrón del galerista ni me respondió a la carta. ¿Tú crees que es normal? —decía Paco en el momento de detener el coche y apagar el motor.



Nada más salir del vehículo, el rugir intenso de las olas se les hizo ensordecedor.

José se dirigió con urgencia a las dunas cautivado por la fragancia salada del mar. Cuando llegó a lo alto y observó por fin el océano, su emoción fue tan intensa que por un momento creyó que Paco, intuyendo la inminencia de su muerte y lo significativo que para él era aquel lugar, había querido llevarlo hasta allí y complacerlo como si estuviera complaciendo una última voluntad.

Sin embargo, pronto constató que no era así. Nada más acceder al arenal, Paco se descalzó, remangó los pantalones y comenzó a deambular por la arena rastreando objetos traídos por la marea.

—Voy a ver qué aparece por ahí. Necesito material para unos cuadros —explicó al alejarse al tiempo que extraía del bolsillo de su zamarra un saco de plástico en el que almacenar su recolección.

¡Estaban en la playa porque Paco necesitaba trabajar! A Paco no le había movido alegrar a José sino desarrollar su propia obra. En este encuentro José había notado que él ya no poseía el protagonismo que antes ejercía sobre el tiempo de Paco. ¡Una desagradable disonancia más entre el pasado y el presente! Hacía años las visitas de José suponían una suspensión de la vida ordinaria de su amigo. Era José quien marcaba la pauta, quien lo condicionaba todo con sus proyectos y necesidades. Pero ahora su poder era escaso... como era propio en un moribundo...

José, de pie en lo alto de una duna, se perdió en una contemplación demorada y melancólica del arco de la playa, de la fina película de agua en suspensión que nacía de las olas rompientes, de los erráticos vuelos de las gaviotas, de las variaciones de forma y luz del cielo. Para prolongar su observación, decidió sentarse en la arena en la posición del loto, y al hacerlo, envuelto por el viento del mar y su aroma salado, experimentó por primera vez la enfermedad a través de su cuerpo. Era una nueva revelación que le proporcionaba la playa de Soesto, ¡la última! Hasta ese momento su cáncer era una información, pero ahora se convertía en una realidad física. Súbitamente José tomaba conciencia de cómo había crecido en su vientre la acumulación de líquido ascítico porque en esa postura le resultaba dificultoso respirar.

Entre jadeos se palpó la barriga y, efectivamente, la notó dura y ancha como consecuencia de algo tan ininteligible como lo que le había explicado Allegue: un incremento del gradiente de presión entre las venas que entraban y salían de su hígado que conllevaba un incremento de la resistencia hepática al flujo sanguíneo... En procesos

tan ajenos y oscuros se encontraba su auténtica vida, que no tenía nada que ver con los sentimientos o con el paisaje que ahora ocupaba su mente y en el que, con obstinación, José trató de refugiarse.

Toda la naturaleza había adquirido un tono gris. Incluso a Paco se le veía desdibujado por la bruma causada por la rompiente de las olas, y entonces José recordó cómo había visto así por primera vez a su perra Sarahi, la que acudió a socorrerlo sacrificándose en el intento y cuyas cenizas guardaba en un frasco de vidrio que ahora estaba en su taquilla del cuartel...

¡No faltaba mucho para que su espíritu y el de Sarahi se reunieran en algún lugar!..., pensó de forma involuntaria.

¡Qué tontería!, se reprochó al momento. De nuevo se dejaba arrastrar por la ficción melodramática, por la ignorancia.

## 8

Ya había anochecido cuando regresaron al taller. Nada más cerrar el portalón y colgar la zamarra en una percha, Paco vació en el suelo el contenido de lo que traía en su saco de plástico. No dejaba de hablar, ahora sobre el reportaje fotográfico de su obra reciente que pensaba hacer antes de partir hacia Italia, pero su concentración en los materiales que había recolectado era absoluta: latas de refrescos oxidadas y aplastadas, conchas de varias especies, guijarros redondeados...

Mientras Paco empezaba a clasificar todo aquello, José cogió un bocadillo caliente y una lata de cerveza de los que habían comprado por iniciativa suya y a su costa, y comenzó a alimentarse.

Paco se había arrodillado y reptaba por el suelo hasta los numerosos cubos, palanganas y cajas de madera o cartón dispersos por el taller, en los que depositaba materiales y objetos recién recogidos del tipo de los que ya contenía cada recipiente.

—Es fundamental tener mucho de cada cosa. Nunca se sabe cuánto te va a demandar un cuadro —dijo plenamente absorto en su tarea.

José permanecía de pie, comiendo su bocadillo y bebiendo cerveza. El taller, iluminado por un débil resto de luz exterior que llegaba a través de unas altas vidrieras translúcidas pero, sobre todo, por dos potentes reflectores que incidían sobre el área donde Paco trabajaba, seguía pareciendo un almacén. En la parte de atrás había un enorme clasificador de lienzos. Los innumerables cantos de bastidores de diversos tamaños y ya pintados daban idea de la ingente

acumulación de trabajo que cabía en aquella especie de jaula de aluminio. En las paredes, estanterías de materiales de desecho rebosaban de botes de pintura o disolvente, o llenos con polvos colorantes, o con pinceles, lápices, brochas, aplicadores, o con puntas, tornillos o alcayatas de diversos tamaños y materiales. En un mural de corcho estaban colocadas verticalmente herramientas de carpintería. Cerca del techo, de pared a pared, colgaban las cuerdas de un tendedero que Paco decía usar para secar papeles y lienzos cuando se mojaban por las frecuentes inundaciones del local. Y apoyados en las paredes, más lienzos de obras en curso y estanterías con libros y discos; y en el suelo, los recipientes con los materiales recolectados, un sofá desparejado con dos butacas anexas, dos mesas de dibujo y una baja de sala de estar, un radiador eléctrico y un equipo de música...

José se sentó en el sofá para acabarse el bocadillo y la cerveza y, entretanto, observó con detenimiento la obra en la que Paco trabajaba.

Eran varios cuadros de un tamaño descomunal. Fondos informes con trazos casi líquidos sobre los que se adherían masas de materiales, como láminas de mica, conchas marinas trituradas o guijarros pulidos o cortantes que, amontonándose hasta dar volumen y relieve a los lienzos, se mantenían estables de forma casi milagrosa. La incidencia de la luz en los lienzos les daba apariencias variables de modo que, más que unas obras cerradas y concretas, eran un campo infinito para nuevas contemplaciones: un universo.

En aquellos cuadros había algo sobrecogedor: una manifestación más del poder de los artistas para conmover y emocionar a sus semejantes. En ese poder se fundaba la creencia en la superioridad de su casta. Gracias a su obra, Paco, aún gateando por el suelo embebido en sus cosas, podía sentirse como un demiurgo y, por ello, considerarse más relevante que los hombres comunes. Su capacidad creadora lo elevaba sobre los demás y, en concreto, sobre José.

Sin embargo, José desarrollaba en su seno el también fascinante proceso de la extinción, la disolución y la muerte. Él era el protagonista y el escenario, la víctima y el ejecutor. Y se trataba de un proceso efectivo e imparable: ¡se estaba muriendo! En buena medida, José estaba allí para transmitirle a Paco aquella fatal noticia y ser consolado por ello.

—Llevo tiempo con molestias —dijo para comprobar el grado de atención que Paco le prestaba—. He ido al médico y me han hecho

pruebas. Por ahora tengo dificultades de coagulación en la sangre y siento una gran pesadez en el vientre...

—Pues yo el problema lo tengo sobre todo en la espalda —replicó Paco sin abandonar su quehacer—. Es una lata, porque no puedo evitar usarla mucho ahora. La necesito para mover lienzos y materiales. Estoy tan urgido con estos cuadros que no puedo permitirme el lujo de parar, y tengo que tomarme antiinflamatorios, que me hacen sentir molestias de estómago. Y también tengo que usar muchos analgésicos, paracetamol y también aspirinas, aunque dicen que no es bueno abusar...

¡Era obvio que Paco no estaba en absoluto pendiente de José! Toda su atención se concentraba en sus cosas; no detectaba ni el más mínimo rastro de excepcionalidad en la visita de su amigo porque vivía absorto en sí mismo, en su carrera, en la trama ilusoria de la vida, en la ignorancia, y eso demostraba que, aunque se sintiese superior a José, en realidad no lo era. Pintar cuadros era un simple juego de ilusionismo, una fruslería, algo incomparablemente más banal e infantil que la esforzada búsqueda ascética que José había intentado a lo largo de su vida.

*“Aquel que nada espera, que está libre de inquietudes, que ha renunciado a emprender nada que no sea imprescindible, nada que corresponda a su propia voluntad o a sus tendencias, ése es devoto mío y querido por Mí”*, le decía Krsna a Arjuna en el *Bhagavad Gita*, y ése era el destino superior al que un hombre podía aspirar.

¿Cómo pudo habersele ocurrido buscar consuelo en Paco?, se preguntó José. Aún cuando consiguiera informarse de que José iba a morir en breve plazo, la mente de Paco se concentraría en el dolor o la perturbación que eso le iba a producir a él. Sería José quien tendría que darle ánimos, esforzarse por paliar sus sufrimientos... ¡Era irritante!

Abandonándose a una ira creciente, José preparó un canuto de hachís colocándose sobre el sofá en la posición del loto a pesar de las molestias que le producía la ascitis.

Cuando José calentaba la pasta de hachís y la mezclaba con el tabaco, Paco acabó su tarea, se levantó y se quedó mirando absorto el cuadro de láminas de mica en el que estaba trabajando. Al tiempo tomó su bocadillo de la bolsa y comenzó a comerlo.

José formó su canuto, se lo llevó a la boca, lo encendió y, tras aspirarlo con fuerza, decidió actuar, pero no para informar a Paco de su enfermedad sino para no dejarse vencer por un ser tan ignorante

como su amigo. Era un deber, una obligación inexcusable dada su superior jerarquía espiritual.

—¿Qué fin buscas con ese cuadro? —preguntó con un tono incisivo.

Paco lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué objetivo, propósito o finalidad esperas conseguir haciendo esa pintura? —aclaró José con ironía.

—Bueno, es complicado... —titubeó Paco—. Digamos que expresarme.

—¿Es lo mismo que perseguías al pintar todos los cuadros que almacenas aquí?

—Sí, supongo que sí.

—Entonces tu voluntad expresiva es onanista. No busca comunicarse con los demás sino simplemente emerger de ti, como el mundo emerge de *Visnu*, sólo que en tu caso para tomar cuerpo en objetos inútiles porque parece que sólo te interesan a ti... Un onanismo un tanto caro. ¿No te llegaba con imaginar tus cuadros?

—No sé qué pretendes decir con eso.

—¡Pues que no me creo nada de lo que dices! Tú no quieres expresarte: tú quieres gustar. Tú ansías que a través de tu obra te aplaudan, te admiren. Y no sólo mientras vivas. También una vez que hayas muerto. Que alguien pueda decir dentro de cien años: ¡esa obra es de Paco, qué tipo tan estupendo, qué genio!

—Bueno, ¿y qué?

—Esa no es una conducta benéfica. Es mera vanidad. Dios no nos mandó que nos perpetuáramos, sólo que nos reprodujéramos, cosa que, por cierto, tú no has hecho.

Paco tardó algo en responder, y lo hizo con un tono dolido.

—Hablas como un cura.

—Sólo ayudo a los amigos.

—Yo necesito crear cosas, y me deleito con las cosas que otros han creado. No veo nada malo en eso.

—Cuando se crea cumpliendo una obligación, la tarea propia de tu naturaleza, como lo hace un artesano, se pueden realizar obras sin incurrir en culpa. En esos casos la personalidad no viene a cuento, es irrelevante. Casi todo el arte realmente admirable es en esencia una artesanía: un trabajo desprovisto de ego. Desde las pinturas rupestres hasta el arte devocional de las tribus de África, o el arte de occidente cobijado en el anonimato o en el oficio: el Románico, por ejemplo. Ahora ya no. La función y el sentido del arte han dejado de ser

comunitarios. Ahora el arte es la mera proyección de un ego, la expresión de un individuo que, ante todo, quiere imponerse frente a todos y exhibirse porque se siente único e irrepetible, y usa su arte esencialmente para eso, para afirmarse y perpetuarse.

—¡Yo me siento único e irrepetible! Soy yo, y siento orgullo por ello.

—Pues ahí está tu condenación.

—Es mi vida, es mi ansia, sin eso nada tendría sentido... — replicó Paco tras deglutir el último trozo de su bocadillo

—¡Qué tontería! Lo único que haces es acumular y acumular objetos, papeles y lienzos que acabarán destrozados, hechos polvo. Tu trabajo es producir basura y acumularla bajo tu cuidado. Aquí están los cuadros que vi en la casa de tu madre, y en la de Estrella, y en todas en las que viviste. Nada de lo que haces sale de tu almacén, y así, además, pecas, porque tu deber sería cumplir como un *vaishya* comerciante. ¡Vender es lo que te correspondería por familia! Paco, vas mal, porque tu destino era ser tendero, y eres incapaz de colocar tu mercancía.

—¡Oye, ya está bien de faltar! No tienes por qué ofender.

—Mereces ser ofendido. Estás entregándote a la ignorancia. ¡Mira que te lo habré dicho mil veces! Creando nuevos cuadros estás ganando el castigo de más trabajo y sufrimiento. Estás condenándote a una nueva vida sin progreso alguno. Estás agrandando tu mal *karma*.

—No me vendrás con un nuevo sermón de esos sobre la *no acción* y las otras mandangas con las que justificas tu vagancia.

—¿Y por qué no voy yo a poder largarte un sermón si tú no has hecho otra cosa desde que he llegado a este puto pueblo que lamentarte de tu suerte, como siempre?

—¡Tanto te he aburrido!

—¡Más! Me cansa verte siempre sumido en el mismo error, entregado al *rajas*. ¿Sabes lo que es eso? El atributo de la realidad ilusoria cuya naturaleza es la pasión, aquello que nace del anhelo y del apego. Con él aparece la avidez, el movimiento, el hacer cosas, la agitación... y su fruto es el sufrimiento. De ahí tu queja permanente y la razón por la cual ahora me resultas insoportable. ¡Paco, eres insoportable porque te quejas del mal que tú mismo te causas... y que cuentas una y otra vez!

—Oye, pues has sido tú el que ha venido aquí. Yo estaba tan tranquilo dedicándome a lo mío, quejándome ante mí mismo. Porque necesito trabajar, no como tú, siempre desocupado salvo para dar la vara a los amigos.

En ese momento el taller quedó súbitamente a oscuras: los reflectores, que ya eran lo único que daba luz a aquel espacio, se apagaron.

—¡Mierda! Se fue la luz —gruñó Paco, moviéndose a tientas y localizando sin dificultad una vela—. ¿Tienes a mano fuego? —le preguntó a José, iluminado por el rojo resplandor del canuto que aspiraba.

Paco le acercó la vela a José y éste prendió la mecha con su encendedor.

—Ya veo que la eléctrica del Xallas sigue fallando hasta el virtuosismo —dijo José con ironía expulsando al tiempo el humo del hachís.

Paco colocó la vela sobre un plato cuya base estaba formada de cera derretida y reseca, se sentó en una butaca y permaneció callado, entre tinieblas.

—En fin, Paco —dijo José, volviendo al ataque—. Tú siempre estás haciendo cosas, yendo de un lado para otro, como una hormiga, como un insecto gregario, sin pararte ni un momento a ver, a entender. Por eso, cuando tienes la oportunidad de realizar un acto heroico, propio de una naturaleza grande, un acto que te haría progresar en tus vidas futuras, no lo haces. No entra en tu rutina, en tu programa de hormiga...

—¿A qué te estás refiriendo?

—A una constante de tu conducta. Un ejemplo perfecto fue la circunstancia en que murió mi perra Sarahi. ¿Te acuerdas? Para mí resulta inolvidable. Era de noche, yo zozobraba en el agua de una playa y tú estabas en el arenal. Lo decente, tu deber, hubiera sido intentar salvarme, pero tuvo que ser mi perra quien se lanzase al agua para socorrerme, aunque así murió ante tu mirada impasible. ¡Ella se habrá ganado una próxima vida más digna y alta, y tú una más ruin y oscura!

—¿A qué viene eso? Es ridículo... —se quejó Paco, ruborizándose y enmudeciendo por un instante sin saber qué añadir. Su mirada y la de José se cruzaron y eran las miradas de dos extraños—. ¿Por qué cojones tengo que aguantarte este numerito? ¿Por qué has vuelto a mi lado, a mi casa?

—Tienes razón, Paco. No hay razón para mi visita. Ha sido un error. Venía a confiarte algo que no mereces saber.

—¿Algo realmente extraordinario? —preguntó Paco, añadiendo con sorna—: ¡No estarás pensando en ponerte a trabajar cuando acabes la mili!

—La cosa no está en la confidencia, sino en el confidente. Lo que quería contarte es excesivo para ti. Una hormiga no puede sobrellevar el secreto de un león. Porque, ¿sabes?, mi siguiente reencarnación se producirá en un león y ya noto la metamorfosis: sólo actuaré para alimentarme y procrear, y, después, reposo, contemplación, dominio... Seré el más perfecto e inactivo de los animales.

—Pareces más un perro cansado que un león.

—¡Porque estoy cansado! Estoy harto en general, y hasta los mismísimos cojones de tu compañía. ¿No es hora de que te vayas a dormir a ese piso siniestro en el que vives? Aquí, sin luz, no puedes trabajar, que es lo único que sabes hacer en este mundo. Trabajar para nada. Yo me quedaré aquí feliz, rodeado de tu abrumadora presencia encarnada en lienzos y papeles. ¡Basura artística! No me preocupa, porque podré liberarme de ella simplemente con cerrar los ojos.

—O podrías irte a la mierda.

—Eres una hormiga estúpida pero bondadosa, Paco —dijo José tratando de relajar la tensión—. Y seguro que dejarás que un león como yo permanezca en este tu cobijo.

—¿Y qué vas a hacer aquí, solo y a oscuras?

—Absolutamente nada.

Paco se había puesto de pie. Miraba a José con más hastío que hostilidad. Todo volvía a su cauce. En las infinitas veces en que habían escenificado distanciamientos y rupturas, como la que ahora protagonizaban, José se crecía mientras que su amigo se debilitaba. José dominaba y Paco padecía. Y ahora eso volvía a suceder aunque Paco trató de disimularlo.

—Sí... Bueno, pues ahí te quedas —dijo dándose la vuelta y encaminándose hacia el portalón.

—Me quedo con Dios, con *Rama*, con *Visnu*, con *Shiva*, y con sus putas madres —le replicó José, y a continuación aspiró una última calada de su canuto.

Al exhalarla, la columna de humo que formó se rompió en erráticas volutas a causa de la corriente de aire que Paco provocó al cerrar el portalón de un portazo.

## 9

José había viajado para huir de la soledad de un cuartel y se había encontrado con la soledad de un destartado taller de artista. Sin embargo, tal viaje no había sido en vano. En esta ocasión lo determinante no era lo sustantivo, sino lo circunstancial: no las



soledades que se sucedían, sino el lugar en el que se experimentaban, porque si la primera resultaba amenazante y dolorosa, la segunda era placentera y amigable. El solo hecho de poder fumar incesantemente canutos de cáñamo índico bastaba para cambiar la calidad de la experiencia; o el de mantenerse en una penumbra apenas alterada por la vacilante llama de una vela; o el de sentirse rodeado de un silencio rural, fresco y murmurante como la naturaleza de los vegetales...

José había permanecido sentado en el sofá desde que, tras la marcha de Paco, había apagado los interruptores de los focos para evitar que lo deslumbrasen por sorpresa cuando volviese la luz. Eludió posiciones corporales incómodas y, hasta donde eran observables dada la escasa iluminación que proporcionaba la vela, persiguió con la mirada las formas caprichosas que su propio aliento ahumado adoptaba en el espacio del taller. El cáñamo hacía su efecto, y seguir los erráticos dibujos del humo al dispersarse resultaba lo suficientemente divertido como para no abrigar pensamientos. Así, en el indeterminado tiempo en que José jugueteó a darle sentido a formas gaseosas, pudo observar cómo ante él se formaba el rostro de Paco, que se transmutaba en un perro, que pasaba a ser un bebé gateando, que a su vez se convertía en una hormiga...

Incluso cuando la energía eléctrica fue repuesta y el espacio del taller cobró luz gracias al resplandor exterior de los focos del alumbrado público, José no alteró en exceso su ecuánime estado.

Lo único que le llamó la atención fue un piloto rojo que se encendió en el equipo de música. Respondiendo de forma automática a ese estímulo, José se levantó con extraordinaria parsimonia, se acercó al aparato y, con dificultad, se arrodilló ante él. A su lado había una colección de discos, y José, en medio de la penumbra, identificó la caja de cartón de un viejo álbum doble con las *Variaciones Goldberg* interpretadas por Alexis Weissenberg. Aquella había sido una de las músicas preferidas en sus encuentros de juventud con Paco: hubo noches en que pudieron llegar a escucharlas hasta seis veces seguidas mientras se intoxicaban con cualquier cosa, y entonces esas especulaciones sonoras se adueñaban de su fantasía y de su razonamiento, hasta sustituirlos y anularlos...

Reteniendo en los labios su canuto y guiñando un ojo para que no le irritase la columna de humo que emanaba de él, José colocó el primer disco en el giradiscos y depositó la aguja sobre el inicio de los surcos.

El sonido del piano atacando el aria que iba a sufrir todas las variaciones imaginadas por Bach emergió en el taller coronado por los

chispeos que producía el polvo acumulado en los surcos y la humedad debida a las inundaciones del local.

José, acuclillado, reposó su cuerpo sobre los talones y aspiró de nuevo su canuto.

Aquella música lo fascinaba. Doscientos cincuenta años después de ser compuesta, conmovía y emocionaba. Era un regalo del pasado cuya pervivencia quizás no estuviese en la mente de Bach al crearlo. Existía una fuerza propia del momento de la creación que bastaba para satisfacer al artista: la energía que se vuelca en una idea, en pulir su forma, y que es independiente de su vigencia futura y objetiva. Hasta ahí todo es puro y limpio, como en la ordenada satisfacción de una necesidad biológica.

José experimentó en alguna ocasión el atractivo de esa fuerza bosquejando un poema o imaginando una forma plástica.

¡Pero siempre acaba apareciendo la vanidad!

También le habría sucedido a Bach. De forma juguetona, el hachís hizo que José imaginase una cadena de reencarnaciones de Johann Sebastian Bach debidas al mal *karma* causado por el orgullo que sentía por los sonidos que creaba. Primero, un músico de verbena y, a continuación, otro ambulante, vulgar y ruidoso; más tarde, un tamboril del ejército prusiano; después un jilguero o un periquito, incansables en su canto; acto seguido, una urraca. También una cigarra y, finalmente, un grillo... El insecto Bach que estaría ahí afuera oyendo la segunda variación que su genio imaginara ocho vidas antes, incapaz ahora de atribuirle una significación diferente a la del rumor del viento que venía desde el océano...

Al apoyar la caja del álbum contra el mueble del que lo había sacado, José reparó en que también allí estaban los cuatro volúmenes de una enciclopedia de pintura que Paco atesoraba desde niño. También mecánicamente, José tomó el primer tomo y regresó al sofá.

A la tenue luz de la vela comenzó a hojear el libro hasta que tropezó con la reproducción de los dos cuadros de Paolo Uccello con el tema de san Jorge y el dragón. José volvió a aspirar su canuto concentrándose en la que se correspondía con el lienzo que se exhibe en Londres. Aquel cuadro, tan extraño, movilizó sus recuerdos.



Cuando José comenzó su relación con Estrella allá por 1977, Paco pintaba una serie de tablas inspiradas en esa pintura. Un día José, mientras Paco trabajaba, tomó ese mismo libro y observó esa misma lámina, y le pareció desconcertante.

En efecto: lo que sabía de la leyenda de san Jorge hacía referencia a un caballero que mata a un dragón que amenazaba a una Princesa. San Jorge era un adalid de la caballería, un señor de la guerra, y la Princesa se sentía liberada gracias a él de un ser horrible y dañino.

Sin embargo, en el cuadro de Uccello, la Princesa lleva atado al dragón con una correa sujeta a su cinturón, como si ella fuese quién dominase al monstruo, como si éste fuese un ser auxiliar, un animal de compañía. La Princesa se muestra totalmente tranquila, impasible. Su único gesto es extender una mano hacia el dragón herido, como si una perplejidad aún no activa sólo le permitiese constatar el efecto de la violencia de san Jorge sobre su mascota.

¡San Jorge mataba a un monstruo totalmente inofensivo y la Princesa no mostraba ninguna gratitud por ello, aunque tampoco enfado! ¡Era un total despropósito que sucedía en un paisaje hipnótico!

José recordó cómo la extravagancia de aquella imagen llegada de mediados del siglo XV había excitado su imaginación. Una broma

surreal de más de quinientos años se merecía al menos eso. Durante unos días, quizás semanas, José le dio vueltas en la cabeza a hacer un texto —creía recordar que un drama— sobre aquel lamentable equívoco... aunque pronto su pereza, fundada en firmes principios sobre la *no-acción*, hizo que desistiese. Su abandono dio lugar a una extraordinaria disertación sobre los beneficios espirituales del *karmayoga* que Paco recibió con respeto y cierto aire distraído.

La contemplación del cuadro, la audición de la música y la fijación en sus pulmones del humo del cáñamo estaban haciendo que aquel momento de soledad resultase especialmente agradable y bienhumorado.

De repente la luz volvió a irse. La penumbra y el silencio se adueñaron de nuevo del espacio del taller y, quizás para suplantar otros estímulos, José sintió con más intensidad cómo su vientre crecía en volumen y se tensaba. Se le vino a la cabeza la imagen de una alcantarilla rota llenando un charco y así se hizo una idea de cómo el líquido ascético estaría llenando lentamente su barriga, cada vez más hinchada, más ocupada, más pesada... pero también ajena, como si no le perteneciese...

Y, sin que supiese exactamente desde qué momento, José se vio a sí mismo como un ser verde y alado, de fauces rojas, que era conducido a un lugar amenazador por una apacible monja, vestida con cofia y hábito. La religiosa lo sujetaba con una larga correa que, tras servirle a ella de cinturón, acababa rodeando el monstruoso cuello de José. Avanzaban a través de una cueva oscura y, aunque José se resistía, era incapaz de sobreponerse a su benéfica custodia.

Y, por fin, al acceder a un amplio descampado con aires de jardín, un médico militar a caballo salía a su encuentro y atacaba sin piedad a José perforándole con una lanza el vientre del que comenzaba a manar un fluido teñido de sangre.